

Santa Teresa de Ávila: un corazón apasionado por Cristo

Angela Tagliafico

Doctora en teología espiritual, miembro de pleno derecho de la Asociación Teológica Italiana y de la Asociación Europea de Teología Católica, profesora extraordinaria de la Facultad de Teología y profesora titular del ISSR del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, y profesora invitada de la Facultad de Teología de San Buenaventura en Roma¹.

Introducción

Cristo es la palabra-mensaje de santa Teresa: las demás palabras derivan de Él o conducen a Él y son palabras inteligibles y comunicativas, en la medida en que sirven para crear una conexión o una referencia intrínseca a Jesús.

Cristo es el protagonista de su vida y la llena totalmente, pues todo en ella encuentra su explicación última y definitiva en el encuentro con Él.

Se trata de un encuentro esencialmente vivo y dinámico, siempre nuevo y rico, aunque siempre inacabado e imperfecto, pero suficientemente claro y preciso para motivar e iluminar las múltiples y diversas fases de su existencia.

Dios se hace presente a Santa Teresa como Aquel que se dona a ella en Cristo, para que ella se done totalmente a Él: Él, dándose, hace posible el intercambio, para que la persona humana pueda realizar su vocación.

En la experiencia de Santa Teresa de Ávila, Cristo es el agente y operador de las gracias, para recrear al hombre en un dinamismo de salvación. Dinamismo infinito, porque en su acción salvadora se derrama y opera según la medida de su propio ser.

Sin embargo, hay que recordar que la manifestación de Cristo tiene su propia historia y el proceso mediante el cual Él actúa hasta conquistar a la persona es lento y diferenciado.

La experiencia de Cristo es una relación de persona a persona, es amistad y comunión, no el cumplimiento de un programa preciso y de principios y normas específicas.

¹ Además de los temas de teología espiritual, su campo de estudio e investigación también abarca la espiritualidad carmelita, la espiritualidad ignaciana y la *via pulchritudinis*: la relación entre las artes y la teología espiritual.

Santa Teresa nos ayuda a comprender que todo es gracia que nos ha sido dada, así como también se nos da la fuerza para devolverla al Dios personal de quien proviene originalmente.

En otras palabras: hay un Amor que se da al hombre para que, al asumirlo, lo transforme en amistad y amor, y esto en síntesis extrema es la experiencia espiritual y cristológica fundadora de Santa Teresa.

1. Cristo y Teresa

Santa Teresa divide su experiencia espiritual cristológica en dos etapas diferentes: la primera comienza con su nacimiento, ocurrido en 1515, y termina con su segunda conversión ante una estatua de un Cristo «muy herido»², ocurrida en 1554 (esta fase corresponde a su vida ascética); la segunda, en cambio, comienza tras su segunda conversión y termina con su muerte, ocurrida en 1582 (esta fase corresponde a su vida mística)³.

La espiritualidad española del siglo XVI insiste mucho en la vida de Cristo, pero en la mente de Teresa, de niña, parece prevalecer la idea de un Dios inmenso, omnipotente y algo abstracto y distante. Este Dios aún no es el Dios cristiano: Padre, amigo y esposo. Ella misma parece aludir a esta concepción de Dios en el siguiente pasaje de su libro de la Vida:

Al imaginarme vívidamente los angustiosos martirios que sufrieron los santos por amor de Dios, me parecía que compraban barata la fortuna de ir a gozar de Él; así que yo también anhelaba morir así, no tanto por el amor que sentía por Él, sino para poder gozar pronto de la felicidad que leía reinaba en el cielo⁴.

Este deseo de felicidad se produce en ella por las meditaciones que realiza sobre la brevedad de la vida, de hecho escribe:

Escuchar en mis lecturas que el dolor y la gloria estaban destinados a durar para siempre me aterraba. A menudo me encontraba dándole vueltas a este pensamiento durante largo rato, disfrutando repitiéndolo muchas veces: ¡siempre, siempre, siempre!⁵

El Dios de Jesucristo está ciertamente ya en el alma de Teresa, pero no emerge todavía en ella de modo totalizador.

² SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 9,1, en *Obras completas*, BAC, Madrid 2021, 115.

³ Cf. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, *S. Teresa por dentro*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1973, 110-111.

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 1,4, en *Obras completas*, 68.

⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 1,4, en *Obras completas*, 68.

La juventud de Teresa se caracteriza por un período de enfriamiento religioso, motivado principalmente por la difícil adolescencia y la amistad con una joven frívola. Al describir esta etapa de su vida, Santa Teresa no hace referencia directa a la persona de Cristo: habla de Dios, que todo lo ve y ante quien se atreve a portarse mal, ofendiéndolo, y habla de las amistades humanas, posibles obstáculos para la amistad divina⁶.

En ese momento, la persona de Cristo aún no ha emergido en su vida como referente religioso. Consulta con su confesor sobre la moralidad de una amistad humana en vista de un posible compromiso, lo que indica que sus preocupaciones religiosas se mantienen, por ahora, en un plano puramente ético ante Dios.

Sin duda, el período de la estancia de Teresa en el convento agustino, su adolescencia, corresponde a un acontecimiento de gran importancia cristológica para ella, que ella misma describe así:

Durante varios años, casi todas las noches antes de dormir, meditaba un poco sobre este pasaje de la oración del Huerto de los Olivos, incluso antes de ser monja, pues había oído que se ganaban muchas indulgencias. Estoy convencida de que esta meditación benefició mucho a mi alma, pues comencé a practicar la oración sin saber qué era, y se convirtió en un hábito tan habitual que no podría haberlo descuidado⁷.

Conocemos la gran influencia que la oración de Jesús en el huerto tuvo en la espiritualidad de Santa Teresa. Si el inicio de esta devoción se remonta a este período, podemos afirmar que en su espiritualidad Cristo comienza a emerger como el Dios a quien ella encomienda su vida. Esta suposición encuentra consistencia en un elocuente detalle que la propia Santa Teresa nos cuenta. Refiriéndose a las monjas agustinas, afirma:

Cuando veía a alguna monja derramar lágrimas mientras rezaba o daba otros signos de virtud, sentía una santa envidia, porque mi corazón se había endurecido tanto en este ámbito, que ni siquiera leyendo la Pasión habría derramado una lágrima⁸.

Durante su estancia con las monjas agustinas, Teresa comienza a abandonar la idea del Dios lejano de su infancia para acoger al Dios de Cristo que sufrió por ella y que espera una respuesta plena de su persona. Hasta ese momento, Cristo estaba presente en su vida como un hecho de fe aceptado; de ahora en adelante, se convierte en el hecho de fe vivido y sentido.

⁶ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 2,3, en *Obras completas*, 71.

⁷ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 9,4, en *Obras completas*, 116.

⁸ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 3,1, en *Obras completas*, 75.

En su plena juventud, Teresa necesita proyectar toda su capacidad de entrega humana y femenina en alguien. En los hombres no encuentra lo que busca y, por ello, poco a poco se vuelve hacia Dios, el absoluto, pero en forma concreta: Jesús, verdadero hombre y verdadero Dios, que tanto sufrió por ella, como se desprende claramente de los Evangelios de la Pasión.

La propia Santa Teresa afirma que la fuerza que experimenta durante la lucha que emprende contra sí misma, antes de entrar en el convento de la Encarnación, proviene de la meditación de la Pasión de Cristo; escribe al respecto:

En este impulso de abrazar un estado, me parece que me impulsaba más el miedo servil que el amor. El diablo me insinuó, para disuadirme, la imposibilidad de soportar las dificultades de la vida religiosa, a pesar de mi fragilidad. De esto me defendí recordando los dolores que sufrió Cristo, ante los cuales no era gran cosa que yo sufriera un poco por Él. Ciertamente, tenía que pensar que Él me ayudaría a soportar tales dolores⁹.

De esta manera, llega a la conclusión racional de que, si Cristo sufrió mucho por la humanidad, ella está llamada a corresponderle con amor y donación. Esta respuesta se materializa en su ingreso al monasterio de las Carmelitas de Ávila, lo que la lleva a aceptar una forma de vida difícil, contraria a sus inclinaciones naturales¹⁰.

Santa Teresa hizo su profesión religiosa en 1537 y, poco a poco, la persona de Cristo emergió en ella como el centro catalizador de toda su existencia. De hecho, entendía la vida religiosa como un matrimonio con Jesús¹¹.

Durante este período leyó el Tercer abecedario de Francisco de Osuna, que le ayudó a descubrir el mundo interior de la persona y la presencia de Dios en ella; este texto fue importante para Santa Teresa, porque la llevó a descubrir su vocación específica: la oración.

La propia Santa Teresa relata en qué consiste la oración en esta fase de su vida: «Intenté lo más que pude tener presente en mí a Jesucristo, nuestro Bien y Señor: ésta era mi manera de orar¹².

Más adelante añade, y aquí aparece claramente su actitud cristológica, el consejo que da a quienes comienzan la vida espiritual: «Mediten la vida de Cristo»¹³.

⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 3,6, en *Obras completas*, 77.

¹⁰ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 4,1, en *Obras completas*, 78.

¹¹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 4,3, en *Obras completas*, 79.

¹² SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 4,7, en *Obras completas*, 81.

¹³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 11.9, en *Obras completas*, 129.

En este punto de su vida, sin embargo, Santa Teresa se desvía de su camino espiritual debido a su amistad con algunas personas; su ser aún depende demasiado de estos afectos humanos que no puede separar: éticamente son correctos, pero Teresa comprende que obstaculizan lo que el Señor le ha hecho comprender, en la oración, que desea de ella. Debido a esta situación, se siente insatisfecha y profundamente desintegrada.

Un día, estando en compañía de una de estas personas a la que siente mucho cariño, experimenta una visión de Cristo que describe así:

Cristo se me apareció con el ceño fruncido, haciéndome comprender cuánto lo lamentaba. Lo vi con los ojos del alma, pero con mayor claridad que con los del cuerpo, y su imagen quedó tan grabada en mí que, aunque han pasado veintiséis años desde entonces, me parece que aún la tengo presente. Estaba tan asustado que ya no quería ver a la persona con la que conversaba¹⁴.

Es la primera vez que Santa Teresa entra en contacto con el mundo sobrenatural a través de una visión y, tras este acontecimiento, su espiritualidad se orienta definitiva y decisivamente hacia Cristo; ahora comprende que ella y su vida le pertenecen por completo. Es precisamente esta manifestación de Cristo la que prepara a Santa Teresa para su «segunda conversión» y para las revelaciones que se sucederán casi ininterrumpidamente hasta el final de su vida terrenal.

La segunda conversión de Santa Teresa tuvo lugar en 1554 y, desde ese momento, se entregó por completo al misterio de Cristo sin reservas, experimentando ahora su presencia en lo más íntimo de su ser.

El acontecimiento de su «segunda conversión» lo narra ella misma en el libro de su *Vida*¹⁵: Santa Teresa se encuentra ante una imagen muy expresiva de Cristo sufriente, se conmueve e intuye en un instante todo lo que Él sufrió por ella y, a partir de ese momento, siente que ha cambiado totalmente; de hecho, escribe:

Tan grande fue el dolor que sentí al pensar en la ingratitud con la que correspondí a su amor, que sentí que se me iba a romper el corazón. Me arrojé a sus pies llorando y le supliqué que me diera fuerzas para no volver a ofenderlo¹⁶.

Con este acontecimiento eminentemente cristológico concluye la primera fase de la vida de Santa Teresa: constituye el último esla-

¹⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 7,6, en *Obras completas*, 100.

¹⁵ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 9,1-9, en *Obras completas*, 115-119.

¹⁶ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 9,1, en *Obras completas*, 115.

bón de una cadena de acontecimientos iniciados en los días lejanos de su infancia y juventud.

El paso de la fase ascética a la mística se realiza, pues, para Santa Teresa, mediante un hecho profundamente cristológico: una nueva forma de percepción de la presencia de Cristo. Esta percepción crece gradualmente hasta desembocar en visiones y locuciones. Santa Teresa escribe sobre esto:

Un día, mientras rezaba en la festividad del glorioso San Pedro, vi, o mejor dicho, sentí, porque ni con los ojos del cuerpo ni con los del alma vi nada, a Jesucristo cerca de mí. Parecía muy cercano y comprendí –al menos así me pareció– que era él mismo quien me hablaba¹⁷.

Esta es una visión intelectual de la humanidad de Cristo, en la que el intelecto percibe inequívocamente la presencia del Señor. Más tarde, Él le mostrará sus manos y su rostro:

Un día, mientras oraba, el Señor quiso mostrarme sus manos: eran de una belleza extraordinaria [...] Después de unos días, también vi su rostro divino y creo que quedé completamente cautivada por él¹⁸.

Finalmente, Cristo se le manifestará totalmente:

El día de San Pablo, mientras asistía a Misa, se me representó la santísima humanidad de Cristo, en ese aspecto con que suele representarse después de su resurrección, con esa gran belleza y majestad...¹⁹.

Desde 1554 hasta su muerte, las visiones intelectuales e imaginarias de Cristo se alternarán continuamente en la vida de Santa Teresa. Se puede decir que, a partir de estas primeras visiones, disfruta de la presencia de Cristo casi constantemente; de hecho, escribe en el libro de las *Moradas*: «Tener miedo de tal visión (porque tales visiones no pasan rápidamente como las imaginarias, sino que duran muchos días y, a veces, incluso más de un año)»²⁰.

La culminación de estas visiones cristológicas es el compromiso espiritual²¹ que Santa Teresa asumió en 1560. Éste renueva y purifica su persona, imprime indeleblemente la imagen de Cristo en su alma e intensifica la comunión de vida entre ella y el Señor.

¹⁷ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 27,2, en *Obras completas*, 244.

¹⁸ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 28,1, en *Obras completas*, 253.

¹⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 28,3, en *Obras completas*, 254.

²⁰ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas de castillo interior*, VI,8,3, en *Obras completas*, 826.

²¹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 29,13, en *Obras completas*, 269.

Se puede afirmar que dentro de su itinerario místico la experiencia de Cristo, tanto de su humanidad como de su divinidad, es constante; de modo que se puede describir el itinerario espiritual de Santa Teresa como esencialmente cristológico.

De la experiencia de Cristo hombre se pasa a la de Cristo Dios y así se llega, siempre a través de Él, a la experiencia de la Trinidad.

Santa Teresa describe el matrimonio espiritual que contrajo en 1572 y el objetivo final de su viaje espiritual de la siguiente manera:

La primera vez que Dios concede tal gracia, quiere manifestarse al alma mediante una visión imaginaria de su santísima Humanidad, para que sea plenamente consciente de ello y no ignore que recibe tan supremo don [...] Parece que esto no es algo nuevo, también porque se había manifestado a esta alma de esta manera en otras ocasiones. Pero esta vez la visión fue tan diferente que la dejó desorientada y asustada; primero por la violencia con la que actuó sobre ella; luego por las palabras que le dirigió; finalmente, porque en lo más profundo de su alma, donde se le presentó, no había tenido otras [...] Hay una gran diferencia entre todas las visiones anteriores y las de esta mansión²².

Hablando pues de la unión que sigue al matrimonio espiritual, Santa Teresa afirma:

El Señor se aparece en el centro del alma, no mediante una visión imaginaria, sino intelectual –aunque más sutil que las descritas–, como se apareció a los Apóstoles, sin entrar por la puerta, cuando les dijo: «La paz sea con ustedes...». Solo puedo decir que en ese momento el Señor quiere manifestarle la bienaventuranza que reina en el cielo de una manera superior a cualquier otra visión y deleite espiritual. Todo lo que se puede decir es que el alma, es decir, el espíritu de esta alma, se une a Dios, quien, siendo también espíritu, quiere mostrarnos su amor, dando a conocer a algunos el alcance de este amor, para que podamos alabar su grandeza²³.

De lo que acabamos de decir se desprende que la etapa más alta de la vida espiritual, descrita por Santa Teresa, lleva consigo una percepción muy sublime de la Humanidad de Cristo.

La persona del Señor se fue imprimiendo poco a poco en su alma, de tal manera que ya no experimentaba ni percibía, en visiones, el alma, sino a Cristo, constantemente presente en lo más profundo de sí misma.

²² SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas de castillo interior*, VII, 2,1-2, en *Obras completas*, 852-853.

²³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas de castillo interior*, VII, 2,3, en *Obras completas*, 853.

La vida de Santa Teresa, por tanto, debe leerse en una perspectiva estrictamente cristológica, teniendo presente que la palabra clave que la guía es Cristo, ya que solo Él la condujo a la unión plena y continua con Dios uno y trino.

2. El amor a Cristo mueve a Santa Teresa

La «relación de amistad»²⁴ con el Señor no está reservada solo a los momentos de oración propiamente dicha, sino que está destinada a convertirse en la fuente de todas las demás actividades.

Al igual que la vida espiritual con la que se identifica, el camino de la oración es exigente y requiere como fundamento la cruz de Cristo, que establece su amor apasionado por Él. Santa Teresa recorre este camino junto a su Esposo, a quien nunca deja solo en su obra redentora.

La fecundidad apostólica está ligada a esta decisión de estar constantemente unidos a Cristo, convencidos de que solo Dios, en su misericordia, nos da los medios para actuar. Santa Teresa, de hecho, nunca exalta un comportamiento voluntario, aunque desee que el alma responda con energía a las invitaciones que el Señor le dirige²⁵.

Estas invitaciones son el núcleo del llamado a la santidad, la oración y el servicio que Dios dirige a todos. Para Santa Teresa, son las que ayudan al hombre a entregarse generosamente a las fatigas y sufrimientos con los que demuestra su amor al Señor. Los deseos que inspiran, cultivados con humildad y absoluta confianza en la gracia de Dios, le permitirán, con el tiempo, realizar grandes obras.

Santa Teresa, por tanto, invita a todos los hombres a ponerse al servicio de Cristo, pues son portadores de un futuro divino. La santidad consiste en creer en Él y en conformarse plenamente a su vida. La fecundidad eclesial de cada persona depende de esta resolución, ya sea oculta, como en el caso de los Carmelitas, o manifiesta, como en el caso de quienes han recibido el carisma de ser apóstoles visibles.

El camino espiritual no es pues una especie de conquista, como hacía Pelagio, sino que, por el contrario, integra la experiencia personal de la miseria humana.

Llevando la paradoja más allá, se puede decir que esta experiencia es de algún modo constitutiva de la santidad, en el sentido de

²⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 8.5, en *Obras completas*, 110.

²⁵ Cf. SEGUNDO DE JESÚS, «Doctrina teresiana del amor al prójimo», *Revista de espiritualidad* 22 (1963), 637.

que es una condición esencial para que el flujo de la misericordia divina se derrame en el ser humano.

La vida y la obra de Santa Teresa dan testimonio de esta verdad –expresada habitualmente a través de la antítesis miseria-misericordia–, que de hecho puede considerarse uno de los fundamentos esenciales de su espiritualidad²⁶.

Toda su experiencia personal convenció a Santa Teresa de la necesidad de que todo pecador sea capaz de reconocer humildemente el abismo de su miseria, para poder acoger verdaderamente los beneficios del Señor.

Además, cuanto más avanza el hombre hacia Dios, más crece en la conciencia de su pobreza; entonces comprende concretamente que sin Dios no puede absolutamente «hacer nada» (*Jn* 15,5).

La espiritualidad teresiana considera el apostolado, ante todo, un don de Dios, en el sentido de que es una respuesta a la caridad que infunde en el corazón del hombre. El apostolado es, por tanto, una obra del poder de Dios en la debilidad humana. En esto, Santa Teresa se acerca mucho a San Pablo, a quien el Señor declaró: «Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad» (*2Co* 12,9).

El apostolado exige que quien lo ejerce sea espiritualmente pobre y lleve incesantemente los frutos que ve florecer a su alrededor a Aquel que es su única fuente. En este sentido, Santa Teresa considera que un apostolado es verdaderamente místico –es decir, guiado por el Espíritu de Dios– cuando el hombre está sincera e íntimamente convencido de que Dios es su principal artífice y de que casi nada logra por sí mismo: «Si ha hecho alguna buena acción o si Su Majestad le ha concedido algún regalo, todo le parece un sueño y una fantasía»²⁷.

Para la propia Santa Teresa no hay competencia entre la búsqueda de la unión con Dios y el apostolado; la cuestión es solo de orden y prioridad.

Recargarse en Dios es de primera importancia porque el apóstol necesita estar firmemente enraizado en el amor de Dios y en la virtud, para poder dar en la acción, toda su medida de gracia, sin que esto vaya en detrimento de su vida espiritual.

Dado que la vida espiritual es una interiorización progresiva, cuanto más desciende una persona a su centro más profundo, donde reside el Rey, más recibe luz de Dios y más la irradia a su alrede-

²⁶ Cf. J. CASTELLANO CERVERA, «Amar a Dios amando al prójimo», *Fiamma Teresiana* 22 (1981), 97.

²⁷ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas de castillo interior*, VI,1,11, en *Obras completas*, 785.

dor con todo su ser. Es desde la morada central que la magnificencia de la luz divina brilla sobre todos los demás.

En todas sus obras, Santa Teresa insiste largamente en el valor apostólico del amor, porque piensa ante todo en sus hijas, cuyo apostolado principal consiste en amar y en testimoniar –aunque de modo oculto– la insistencia del amor divino hacia los hombres, intercediendo por ellos: tal es el apostolado de la caridad.

Quien ama hasta el extremo siempre es eficaz, porque sus acciones, o incluso simplemente su comportamiento y su presencia, difunden la fragancia intensa y tenaz del amor de Dios. Dondequiera que esté y haga lo que haga, emana constantemente «el buen olor de Cristo» (2Co 2,15), para beneficio de muchas personas.

La armonía entre la contemplación y la acción proviene de esta unificación del corazón en el amor, que irradia por doquier y en toda ocasión. El medio privilegiado es, sin duda, la caridad fraterna; el ejercicio humilde, concreto y cotidiano de la caridad, de hecho, permite que el campo del apostolado se extienda infinitamente.

Uno de los aspectos principales de la espiritualidad de Santa Teresa es mostrar no solo cómo la contemplación amorosa conduce al apostolado, sino también cómo el apostolado nutre la contemplación y contribuye al desarrollo de la vida mística.

Esto no implica la supresión de toda distinción entre oración y actividad, porque también para todo hay un tiempo, pero significa que, en la vida activa, que puede parecer externa, lo interior actúa incesantemente.

A través de su experiencia, Santa Teresa comprendió que el progreso en la santidad no depende de una organización bien organizada de la vida espiritual, sino del cumplimiento continuo de la voluntad de Dios. Es en la medida en que la persona busca unirse a Dios que Él mismo le revela su verdadera misión, es decir, la que Él le destina y no la que podría haber concebido por iniciativa propia. Por eso el descanso en Dios nunca es ocioso, porque Él es Amor, movimiento, vida incesante, y permite a quien le ama participar de su vida y de su actividad²⁸.

Los verdaderos amigos de Dios cooperan al crecimiento del Reino con todo lo que hacen: la oración y las actividades externas. Por eso, Santa Teresa está convencida de que las obras realizadas solo para la gloria de Dios, con espíritu de obediencia y caridad, contribuyen al crecimiento del hombre, incluso en medio del bullicio de la acción.

²⁸ Cf. M. HERRÁIZ GARCÍA, «Experiencia y teología en S. Teresa», *Teología espiritual* 22 (1978), 18.

Para Santa Teresa, trabajar para el Señor nunca debe hacernos olvidar al Señor del trabajo, porque Él es el maestro de la acción y la oración. La actividad de la caridad en las obras favorece su crecimiento. Siendo la caridad una, el doble movimiento que inspira (hacia Dios y hacia los demás) contribuye a su plenitud.

En las primeras etapas del camino espiritual, Santa Teresa enseña al alma a estar vigilante para no dejar que se apague la chispa de amor que Dios comienza a encender en ella con la práctica de la oración. La persona debe tener cuidado de no agotar sus recursos interiores en compromisos externos que actualmente están más allá de sus posibilidades sobrenaturales²⁹.

Según Santa Teresa, desde las últimas etapas del camino espiritual, el enriquecimiento mutuo de la caridad entre la contemplación y la acción, y la circulación del amor entre ambos, se realizan en toda su extensión. Entonces, la misma plenitud de amor se derrama tanto en la contemplación como en la acción. Santa Teresa escribe: «Si trabajas en la cocina, date cuenta que el Señor se mueve entre las ollas, ayudándote interna y externamente»³⁰.

El matrimonio espiritual del alma con el Dios trino permite que el amor crezca a través de los sufrimientos y las alegrías de la acción; escribe Santa Teresa:

No dejes de responder a Su Majestad, por muy ocupado que estés con asuntos externos o conversando con alguien [...] Pero, como la respuesta debe ser interna, es muy fácil dársela mediante un acto de amor o diciendo con San Pablo: «¿Qué quieres, Señor, que haga?». El Señor te enseñará entonces de muchas maneras cómo agradecerle³¹.

Santa Teresa ilustra la síntesis armoniosa entre contemplación y acción al afirmar que en la cúspide de la vida en plena unión con Dios:

Marta y María casi siempre se llevan bien, porque el interior influye en el exterior. Las obras exteriores, que nacen de esta raíz, son flores maravillosas y muy fragantes; de hecho, provienen del árbol del amor de Dios y se hacen solo para Él, sin ningún interés personal³².

²⁹ Cf. P. MAROTO, «Oración teresiana. Balance y nuevas perspectivas», *Teresianum* 33 (1982), 246.

³⁰ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de las fundaciones*, 5,8, en *Obras completas*, 1027.

³¹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas de castillo interior*, VII,3,9, en *Obras completas*, 861.

³² SANTA TERESA DE JESÚS, *Meditaciones sobre los Cantares*, 7.3, en *Obras completas*, 695.

Por lo tanto, cualquiera que sea la acción externa y los actos internos, la unidad del ser operado por la caridad asegura que la acción nunca se convierta en activismo puramente externo.

Para Santa Teresa, en virtud de la plena unión, es Dios quien guía al hombre en cada operación y al actuar no pierde el contacto con Él; por tanto, un apostolado realizado con espíritu sobrenatural nunca se separa de Dios.

En estas condiciones, cuando el apóstol actúa, su acción está completamente impregnada de su contemplación, y cuando se dedica a la contemplación, ésta se vuelve eminentemente activa, porque está fundada en la oración y en la voluntad de Cristo.

Ésta es pues la fisonomía de Santa Teresa, totalmente entregada a Dios y activa en la contemplación.

Su caridad se desarrolla en todo lugar y en toda circunstancia. La voluntad de Dios es la paz de su alma y la plenitud de todos sus momentos. Ya no desea nada para sí misma, sino solo servir al Señor.

En el origen de todos los deseos y de todas las acciones de Santa Teresa, hay una sola gran pasión: la caridad; y es en la cumbre de la vida espiritual, en la unión con Dios uno y trino, donde ella aparece más como lo que realmente es, es decir, el centro profundo de toda autenticidad humana y cristiana.

Dirigiéndose a sus hermanas religiosas que no realizan apostolado externo, Santa Teresa centra su enseñanza en las «obras de caridad» (1Ts 1,3) que pueden y deben vivirse, con la mayor intensidad, incluso dentro del claustro.

Recorriendo todos los escritos de Santa Teresa, se puede trazar una especie de lista de las “obras” que anima a sus hijas. En esta lista se encuentra, sin duda, el apostolado de la oración, pero también el apostolado de la palabra en forma de conversaciones espirituales edificantes, el del buen ejemplo, el del afecto fraterno y, finalmente, de todas las maneras posibles, el de la caridad efectiva.

En el último capítulo de *Las Moradas*, Santa Teresa insiste en la necesaria correlación entre los aspectos interiores y exteriores de las obras que espera de sus hijas. En otras palabras, Santa Teresa les recuerda la indispensable coherencia entre las resoluciones internas y las acciones, entre las palabras y los comportamientos concretos. He aquí su recomendación:

¿De qué me serviría permanecer profundamente recogido en la soledad, ocupado en actos virtuosos ante Dios, proponiendo y prometiendo hacer maravillas en su servicio, si luego, al salir de allí,

hiciera, cuando se presentara la oportunidad, exactamente lo contrario de lo que había prometido?³³.

Para Santa Teresa, el amor al prójimo se inscribe en dos círculos concéntricos que se comunican entre sí. El primero, el más amplio, abarca todo el ámbito de la Iglesia y la humanidad. El segundo, de menor extensión, abarca el ámbito apostólico, al alcance inmediato de los carmelitas, es decir, el ejercicio de la caridad fraterna en los monasterios³⁴.

La necesaria irradiación del círculo más reducido sobre el vasto círculo de la Iglesia y del mundo se sugiere en las últimas páginas del libro de *Las moradas*. Santa Teresa quiere explicar cómo, para inflamar el universo de la caridad, hay que amar hasta el extremo. Ahora bien, este amor sin fronteras solo puede construirse sobre la base de la caridad efectiva de las hermanas entre sí. Es solo esto, de hecho, lo que garantiza la autenticidad de una verdadera solidaridad universal, evitando cualquier ilusión al respecto.

Lo que les resulta imposible a las monjas carmelitas es enseñar o predicar como lo hicieron los apóstoles. Por lo tanto, su deseo de apostolado no debe orientarse hacia tales medios de apostolado externo.

Sin minimizar sus grandes deseos de fecundidad apostólica ni el inestimable valor de su oración en el plano de la comunión de los santos, Santa Teresa orienta a sus hijas hacia la práctica inmediata de la caridad fraterna; escribe al respecto: «Aunque tu oración beneficie al mundo entero, no deberías pensarlo así, sino contentarte con beneficiar a quienes están contigo, a quienes más debes. Así tu obra será mucho mayor»³⁵.

Para Santa Teresa, por lo tanto, es viviendo el amor del Señor hacia todas las hermanas que la caridad puede llegar a ser, por así decirlo, contagiosa y crecer en el corazón de cada una. De esta manera, las oraciones de las Carmelitas por el prójimo son fructíferas y apostólicas.

Esta práctica concreta de la caridad fraterna extiende, pues, hasta el infinito el campo del apostolado y, al mismo tiempo, le confiere su eficacia intrínseca. Al entregarse completamente a Dios con una vida de unión con Él, los apóstoles ocultos del amor ofrecen al

³³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas de castillo interior*, VII,4,7, en *Obras completas*, 864.

³⁴ FR. WILHELEM, *Dieu dans l'action. La mystique apostolique selon Therese d'Avila*, Éditions du Carmel, Venasque 1992, 293.

³⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas de castillo interior*, VII,4,14, en *Obras completas*, 869.

Señor un corazón ardiente de caridad para que, de esta manera, a través de ellos, él pueda extender su Reino.

Esta cooperación no exige hazañas extraordinarias, sino una cierta calidad de amor; escribe Santa Teresa: «Porque el Señor considera menos la grandeza de las obras que el amor con que se hacen»³⁶.

En su texto *Meditaciones sobre los Cantares*, Santa Teresa afirma: «Aunque sean cosas pequeñas, no dejen de hacer todo lo posible por su amor. Su Majestad los recompensará por ello, porque solo le importa el amor con el que lo hagan»³⁷.

La fuente de toda obra que construye el Reino es la caridad, su fecundidad es la caridad, su recompensa sigue siendo la caridad. Según Santa Teresa, el espíritu apostólico se basa en el amor y nos llama a amar cada vez más; ella escribe sobre ello: «Y que Dios no se detenga tu crecimiento, porque sabes bien que quien no crece, mengua. Creo, de hecho, que es imposible que el amor, donde existe, se contente con ser siempre el mismo»³⁸.

Lo esencial, por tanto, para Santa Teresa, reside en el crecimiento del amor, incluso cuando las obras no son brillantes ni se manifiestan externamente. Y esto es precisamente la cumbre de la enseñanza teresiana sobre las obras y el servicio; trasciende el ámbito monástico y abarca todos los tiempos, todos los lugares y todas las formas de apostolado.

Conclusión

Para Santa Teresa, orar es realizar un acto entre amigos; de hecho, escribe: «En mi opinión no es más que una amistad»³⁹.

La oración, además, es el seguimiento de Cristo, que consiste en una imitación radical de este «amigo y capitán» en la terminología teresiana: «Con la presencia de tan buen amigo y con el ejemplo de un capitán tan valiente que fue el primero en exponerse al sufrimiento, todo se puede soportar»⁴⁰.

No es de extrañar que esta imitación conduzca inevitablemente a las dos oraciones, a una determinación de vivir la voluntad del Padre, radicalmente disponible para Él; Santa Teresa señala: «Su

³⁶ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas de castillo interior*, VII,4,15, en *Obras completas*, 869.

³⁷ SANTA TERESA DE JESÚS, *Meditaciones sobre los Cantares*, 1,6, en *Obras completas*, 647.

³⁸ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas de castillo interior*, VII,4,9, en *Obras completas*, 867.

³⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, en *Obras completas*, 110.

⁴⁰ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 22.6, en *Obras completas*, 210.

Majestad puede disponer de ella como si fuera suya, pues el alma ya no se pertenece a sí misma; está toda dada al Señor»⁴¹.

El fin inmediato de este proceso de experiencia de Dios es, para Santa Teresa, el camino infinito de la experiencia mística, como contempladora activa, o como quien concibe la oración como una unión amorosa con Dios que lleva a la acción, resaltando más el aspecto afectivo-pasivo en el cumplimiento de la voluntad divina.

Santa Teresa vive pues una profunda dimensión apostólica que se traduce en la unión total y permanente con el Señor realizada en el matrimonio espiritual, que la guía a la acción; tal es de hecho la meta de las bodas místicas, culmen de su camino espiritual, que da origen a obras, que testimonian a Dios el amor que la persona tiene por Él.

En la espiritualidad teresiana la conclusión es la siguiente: amar consiste únicamente en la mayor determinación de tratar de agradar a Dios en todo⁴².

El ardor misionero es una característica fundamental de la espiritualidad de Santa Teresa, como se desprende claramente de lo que ella escribe: «Trabajé continuamente para que las hermanas amaran el bien de las almas y el desarrollo de la Iglesia»⁴³.

Santa Teresa enseña todavía a los hombres y mujeres de nuestro tiempo que su vocación consiste en dejarse impregnar por Dios para poder, junto con los hermanos, alabar y bendecir al Señor con la propia vida y hacer del tiempo presente un espacio de la Gracia de Dios.

⁴¹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 17,2, en *Obras completas*, 168.

⁴² SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas de castillo interior*, IV,1,7, en *Obras completas*, 740.

⁴³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de las fundaciones*, 1,6, en *Obras completas*, 1008.